



CAPÍTULO VII

Las pollas copetonas

FALTARÍAMOS á las reglas de estricta justicia si nos dejásemos en el tintero ciertos apuntes relativos á las pollas de alto copete, supuesto que nuestra pluma se ha deslizado ya en el terreno de las observaciones con respecto á las pollas de baja estofa.

Sara y Ernestina nos han ministrado á su vez el material de este capítulo, y comenzaremos por describirlas.

Sara estaba clorótica.

Ernestina también.

La raza meridional se despide dejando por recuerdo esta generación encenque de productos gallináceos cuya constitución médica es la anemia.

Esta degeneración peculiar de los grandes centros de población, se hace más palpable en México á merced de las condiciones climatéricas que se apresuran á preparar una raza liliputiense; y eso con la imprescindible ayuda de las píldoras de Blancard, del fierro de Quevenne, de la bola de Nancy y del aceite de hígado de bacalao.

El último ser del reino animal exhausto y débil, pide ya socorro al reino mineral siempre fecundo.

Una de las grandes cuestiones que han preocupado siempre á la humanidad es ésta:

La manera de ser.

Y la política, la moral y la filosofía,

nunca han descansado en la ímprobable tarea de arreglar nuestro viaje por el planeta.

Pero hoy la ciencia tiene que ocuparse preferentemente en asunto de más vital importancia; y clama sobresaltada.

Esperad, porque no hay sugeto.

Están desertando las niñas de las filas de la pubertad; la precocidad de la inteligencia, el desarrollo moral están cortando todos los botones del jardín y nos vamos á quedar sin flores; ¡esperad!

Las pollas se dan prisa y la sangre de estos pimpollos escasea, languidece, se agota; ¡esperad!

Esperad á que el carmín de los quince colore las mejillas.

Escabasse contesta con la vigésima importación en el año de cien cajas de colorete extrafino.

La palidez amarillenta, serosa de la anémia aun no desaparece; esperad.

Cien avisos de cremas al bismuto, de blanco de perla, y de cascarilla de la Habana, se ríen con su brevete de invención de la ciencia médica.

Esperad aún, los cabellos caen como el pasto sin riego, esperad á que se fortalezcan, porque habiendo sangre....

Dos mil muertas se agitan en sus tumbas echando de menos sus cabellos, que se quedaron en el mundo para dar más guerra de lo que las mismas propietarias pudieran imaginarse.

Las que se van han adquirido la costumbre de dejar sus cabellos á sus sucesoras: no hay que apurarse por cabellos.

Esto no tiene remedio.

Sara y Ernestina crecían así, luchando, elaborándose, completándose, la cabeza con crepé de muerto, la tez con *aquarella*, la estatura con tacones, el cuerpo con cogines y la sangre con fierro.

Como eran ricas, tenían médico y además maestro de piano.

Sara y Ernestina cantaban y tocaban.

Pero las bases y condiciones constitucionales de la cantatriz, faltaban á las pollas. En aquellos pulmones no había aire, el fuelle estaba comprimido y era insuficiente, y Ernestina cantaba una Traviata, para taparse los oídos. Su voz convencional no *atacaba* las notas, las atrapaba, *modulaba* pujando, *subía* chillando, *respiraba* jadeando, y *bajaba* graznando; pero cantaba la Traviata, según todos los vecinos y según ella misma.

Sara solía acompañarla al piano y algunos pollos solían formar la claqué.

De las tres bellas artes, la música es la que hace más víctimas.

Se puede uno librar de un mal poeta y de un mal pintor, pero de un mal músico jamás.

Al pintor y al poeta los elude la voluntad, pero si un mal cantante se os para enfrente, armáos de resignación: sus ensayos y sus *gallos* y todos sus mortales esfuerzos, pertenecen á todo el que tenga oídos.

El cantante no puede ocultar el borrador.

Los vecinos de un músico apechugan con los borradores y con las copias en limpio.

Por este grave inconveniente, Facundo abandonó la música: tuvo á tiempo compasión de su auditorio.

Ernestina no abandonó la música, al contrario, después de la Traviata puso el vals de Ascher.

El papá y la mamá de Ernestina pasaban unos ratos deliciosos. No sabían música por supuesto.

Sara y Ernestina eran primas; pero tan iguales como si lo fueran de gui-

tarra, tenían la misma voz, el mismo cuerpo, el mismo pié, tomaban las mismas píldoras, se bañaban juntas en la Alberca Pane y en Chapultepec y se querían mucho.

En cuanto á higiene, como el médico les había recomendado muchas cosas buenas, iban á la Alameda al clarear de las diez, se desvelaban y comían poco, oían misa de doce en Catedral los domingos, y en cuanto á instrucción, sabían hasta de memoria las confesiones de Marion Delorme, las gracias de Ana de Austria y todo lo que se aprende de historia en las novelas de Ponson du Terrail.

Sara y Ernestina, estaban amenazando á la sociedad con convertirse de un día á otro en madres de familia: por lo demás, eran caritativas, habían vestido á Concha según sabe ya el lector.

Estas dos pollas finas, tenían muchas amigas, muchos pretendientes, muchas visitas y muchos deseos de no quedarse para vestir santos.

El médico llegó á juzgarlas tan faltas de sangre, que las obligó á desayunarse á la puerta de un matadero con sangre caliente de borrego; medicina en boga y por medio de la cual los hijos de Esculapio piden al ganado lanar lo que la raza gallinífera pierde cada día.

Todo lo cual no impedía que Sara y Ernestina fueran dos pollas de moda, concurrentes asíduas á todas las funciones gratis, á todas las comedias de aficionados y á todos los bailecitos.

Una nube de pollos las rodeaba, y cada uno de ellos ponía su grano de arena en el curso teórico de amor; pero cada uno de ellos estaba muy lejos de formalizarse en tales asuntos.

La noticia de la muerte de Arturo, cayó en aquella parvada como un pellejo de carne.

—¿Qué dice V. que desgracia, Alberto? decía Ernestina, ¡pobre Arturo, tan joven, tan elegante y tan simpático!

—Que quiere V., hija, contestó Alberto con resignación de general en jefe; los hombres estamos en el mundo para eso ¡qué diablo! un lance cualquiera lo tiene, yo me he batido dos veces.

—¿Es posible?

—¡Vaya!

—¿A ver, cuente usted eso?

—Tenía yo una chica, y cierto fastidioso me la quiso burlar en mis barbas; y no hubo más, nos batimos.

—¿Y qué?

—Nada; que después supe que nuestros padrinos habían cargado las pistolas, retacándolas, para que subieran los tiros, y no nos hicimos nada.

—¡Ah! ¡así qué gracias!

—Pero, es que nosotros no lo sabíamos, y lo que es yo le confieso á V. que tuve *mi cacho de cuidao*.

—¿Y Sara? continuó el pollo para cambiar de asunto.

—Le ha dado un ataque de nervios espantoso.

—¿Por la muerte de Arturo?

—Sí.

—¿Qué, lo quería?

—Vea V. Arturo.... ya lo conocía usted, era muy enamorado y á Sara le decía unas flores que ... oiga V... se iban haciendo peligrosas.... figúrese V. que se trataban de esposos.

—¿Cómo?

—Sí; entraba Arturo y le decía á Sara: ¿Qué haces, esposa?

—¡Esposo, buenas noches! contestaba Sara, y así era siempre, y luego con una gracia que se despedía diciendo:

—¡Esposa, adios, bendita seas!

—¡Hombre! exclamó Alberto, ¡qué bonito! voy á aceptar esa frase; con que.... ¡Adiós, esposa, bendita seas! ¡bueno! Yo tengo dos ó tres amigas á quienes les digo «esposa» y esta noche voy á despedirme así: ¡Adios, esposa, bendita seas!

—Arturo decía que eso se lo aprendió á Zorrilla.

—¿Con qué decía usted que á Sara le dió ataque de nervios?

—Sí.

—¿Y cómo estuvo eso?

—Figúrese usted que le dan la noticia de sopetón y lo primero que hizo Sara fué caer como herida de un rayo.

—¿Y cómo cayó?

—En los brazos de su primo; vea usted que fortuna, que si no hubiese estado allí ese joven, de seguro se mata Sara.

—¿Y luego?

—Eso fué retorcerse y voltear los ojos en blanco; vamos, una convulsión espantosa; vino el médico y Sara privada, y esto fué trabajo; por aquí sinapismos, por allí baño de brazos, ácali y frotaciones con cepillo; y vamos, la escena fué terrible.

—¿Pero, se le pasó?

—Sí; pero todavía sigue tomando el valerianato de amoníaco; ¡pobre Sara!

—¡Sí, pobre Sara! ¿Y usted?

—Yo soy fuerte, me he enfermado también, pero no como Sara.

Todos los pollos en aquella casa se vistieron de luto y de la noche á la mañana y de la mañana á la noche no cesaban de hacer comentarios sobre la catástrofe, y algunos barbilindos sacando partido de las circunstancias, consideraron como muy favorable la de tener necesidad de consolar á las pollas aflijidas.

Consolar es siempre una misión grata, que se desempeña con gusto, especialmente cuando se trata de consolar pollas.

Uno de los principales triunfos de las virtudes, es que los vicios les usurpan su forma para cubrirse; Alberto, por ejemplo, al saber la muerte de Arturo pensó en sustituirlo en el cariño de Sara; pero enamorarla durante el duelo hubiera sido torpe, de manera que Alberto se ciñó á consolarla y tras de esta obra de misericordia tejía el pollo su red.

